

LA VIOLENCIA DEL LENGUAJE EN LOS CUENTOS POPULARES

¡Qué miedo!

«Entonces, la madre, tendiéndole un cuchillo, le dijo: —¡Córtate el dedo!:
cuando seas reina no necesitarás andar a pie.

La muchacha se cortó el dedo gordo, introdujo a la fuerza el pie en el zapato,
reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó al príncipe».



EN la versión de Jacob y Wilhelm Grimm (siglos XVIII-XIX), aparecen detalles muy truculentos sobre el tamaño del pie de las hermanastras de la joven *Cinderella*, mugrienta y sucia llena de hollín doméstico.

Se observa de qué manera tan despiadada y explícita, la expresividad del lenguaje agrade a los sentidos y a las emociones; es un grito sin matices, agudo. Como para taparse los oídos y salir huyendo.

Estas voces, podemos interpretarlas como un modelo patente de la degradación a la que se ve sometida *Cenicienta* por la madrastra, pues agrediendo a sus hijas, por el deseo de favorecerlas, provoca una rivalidad fraterna, mientras que la hostilidad de las hermanastras se

debe a los celos que sienten por la joven; ya tenemos, por tanto, la violencia y el enfrentamiento; de ahí que el lenguaje vaya acorde con todo el amasijo emocional de las protagonistas: un lenguaje muy plástico y descarnado; la fuerza arremete contra todo el que se pone por delante y surge con una extrema dureza en la auto-mutilación que realizan las hermanastras, para conseguir el favor real de convertirse en esposas del príncipe:

«Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella... Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba...» (<http://www.cuentosdegrimm.com/009-cenicienta.htm>).



dicencia, la envidia, entre otros aspectos. Y creemos que el lenguaje no escatima agresión en sus descripciones.

Quizá convenga volver los ojos a la ética del discurso para recuperar aquellos valores que se reconocen como ejemplares.

Cierto que los cuentos tradicionales han ido cambiando con el tiempo. A partir de un conjunto de relatos transmitidos de generación en generación, en la cultura europea se han modificado casi todos los elementos del proceso: el medio (oral, escrito, audiovisual), el público (adultos, niños), el creador (juglares, poetas, autores anónimos, escritores reconocidos, estudios de cine, líneas editoriales), y de forma paralela se han transformando también los contenidos.

Dichas narraciones tratan cuestiones importantes para la convivencia humana: indicaciones morales, éticas y sociales, que se actualizan con arreglo a los tiempos y a los numerosos cambios operados en la sociedad.

Hoy en día, las narraciones populares hablan a los lectores de los valores que van cobrando más relevancia, como pueden ser la independencia de criterio, el sacrificio, el tesón, la interpretación de la realidad humana, la ecología o el nuevo papel de las mujeres; no obstante, la violencia en el lenguaje se palpa más allá de la época pretérita o presente. Y no son pocos los intentos que se han realizado con el fin de proteger el ánimo vapuleado del lector y así enmascarar o suavizar la dureza que rezuman sus líneas. En alguna de estas narraciones subyace la paradoja entre la moraleja final y las escenas de agresión o de transformaciones monstruosas...

Ante la violencia del lenguaje tan perceptible en los cuentos, el lector se encoge o se envalentona, reacciona de manera consciente y lo copia o se asusta porque se siente directamente agredido al identificarse con alguno de los personajes.

Citaremos, por ejemplo: «De lo que aconteció a un hombre que casó con una mujer muy brava y muy fuerte», cuento XXXV en *El Conde Lucanor* (Barcelona, Casals, 2010) de Don Juan Manuel, las mencionadas *Caperucita Roja* y *La cenicienta* (Madrid, Alianza, 2004) o «La trayectoria del balón» en *Ella maldita alma* (Madrid, Alfaguara, 2010), de Manuel Rivas.

El cuento, diálogo más que descripción, debe tener un argumento intenso y sintético; es una foto que «hiera» de un vistazo, de golpe, un fogonazo que se refleja en los ojos y el recuerdo del lector, por eso, afirmamos

con Georges Dumézil (1898-1986) que toda cultura alberga una tradición mítica: «Un país sin leyendas se moriría de frío. Un pueblo sin mitos está muerto» y los cuentos mucho tienen de mitos que recurren a símbolos propios

para expresar el profundo sentido de lo real en busca de esperanza y consuelo.

Así pues, triste realidad la que desea la madrastra de *Cenicienta*, dispuesta a mutilar a su hija con tal de verla convertida en heredera del reino. Mito y realidad se superponen y se necesitan: contribuyen a la búsqueda de una explicación para justificar la violencia que se detecta tanto en el discurso oral como escrito.

De igual manera, el lenguaje musical del compositor Prokófiev (1891-1953) en su sinfonía *La Cenicienta*, impregnó de violencia la narración homónima esta vez en pentagramas llenos de música abrupta, compases convulsos y ritmos asincopados, pura distorsión que se confundía en la mente del músico y no tranquilizaba conciencias pues incomodaba emociones personales,



motor que ayuda a establecer nuestra posición con respecto a nuestro entorno, y nos impulsan hacia ciertas personas, objetos, acciones, ideas a la vez que nos alejan de otros.

El lenguaje cruento es muestra gran parte de la mente humana como canal de transmisión de ideas y sentimientos. Prokofiev, don Juan Manuel, Manuel Rivas, los Grimm... causan anomalía y desajustes, falta de armonía lingüística y verbal, incoherencia de registros idiomáticos, nula cohesión polifónica.

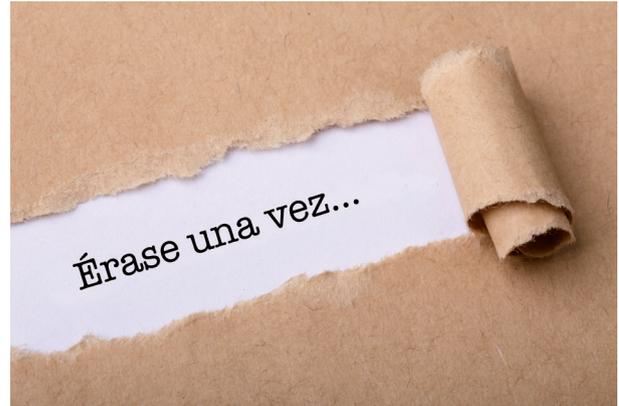
Ese lenguaje transgresor solo puede ser una manifestación de la agresividad soterrada en las entrete- las humanas, en los entresijos de personajes corales o protagonistas que se expresan con amenazas para descalificar al otro, hasta llegar a anularlo.

Quizá tengamos que sustentar esta presencia lingüística agresora en el aspecto del resarcimiento social y personal, el existir es un viacrucis salvífico más allá de los estorbos que encontremos en la travesía vital; tal vez al final del camino, se obtenga el ansiado premio que llega de fuera y para el que hay que resistir la agresión verbal, sufrirla con estoicismo y resignación.

Paciencia, parece insuflarle el coro de esa fauna empequeñecida que rodea y consuela a la heroína maltratada por madrastra y hermanastras; et voilà: por arte de birlibirloque, una varita mágica que danza al compás de la madrina o un cazador que matará in extremis a ese licántropo feroz disfrazado de tierna abuelita.

En nuestro caso, el lenguaje no actúa a modo de un *gaslighting*, esa luz de gas que ciega y que impide ver la auténtica realidad que subyace en la estructura profunda de los cuentos y narraciones infantiles; las palabras, a veces, no tienden puentes, martillean mentes y almas, son agujas que se clavan y llegan a subvertir los cimientos de las relaciones civilizadas entre las personas.

Ante la violencia del lenguaje tan perceptible en los cuentos, el lector se encoge o se envale-



tona, reacciona de manera consciente y lo copia o se asusta porque se siente directamente agredido al identificarse con alguno de los personajes.

Sabido es que estos cuentos y narraciones populares o relatos tradicionales de antes y de ahora, navegan en el océano del simbolismo, a veces en aguas procelosas y otras en quietos remansos; siempre constituyen fuente de reflexión, sin duda, siempre ejemplifican actitudes que se apoyan en una cultura que está y permanece interiorizada en el imaginario colectivo; de ahí que desenredar la madeja de la agresión verbal sea difícil y complejo. Las páginas de los relatos deberían revisarse, pues el lector las usa como un espejo en el que mirarse. Los niños y los jóvenes experimentan curiosidad por la forma en que se expresan los personajes de las historias que leen, les permiten evadirse y meterse en otro cuadro, ficticio, claro está, imaginar acciones y escenas, en definitiva, recrear su propio cuento emulando actitudes y terminología. Como *Alicia*, van y vienen a través del cristal.

Por lo tanto, sería aconsejable mantenerse alerta, prestar oídos atentos y disposición cuidadosa ante ese tapiz desenfocado que altera los cánones y el paradigma del mito, como ya hemos mencionado anteriormente. Del «Érase una vez...», hasta el «Y vivieron felices...» ha pasado tiempo, mucho tiempo: se han experimentado emociones, sobresaltos e ilusión. Y no siempre queda ni permanece el zapatito de cristal. Complicado asumir y creer en un final feliz a través de un trasiego de violencia lingüística diseminada en diálogos que mantienen personajes idealizados por los ojos ávidos de aventuras del lector.

Mito y realidad, sueño y vida, imaginación... con un lenguaje que nace del corazón, sin estridencias ni dobleces, sin intenciones malévolas ni perversas, un lenguaje acomodado a valores, a ilusiones y esperanzas. La violencia engendra violencia.